

Autor: César Augusto Duque Sánchez.

Hoja de vida: Estudiante de último semestre de Historia en la Universidad del Rosario. Participa en los grupos de lectura organizados por la Revista Malatesta y el Grupo de Estudios Sociales de las Ciencias, las Tecnologías y las Profesiones.

Título: El concepto desarrollista de la historiografía colombiana: El caso de la profesionalización.

Línea temática en la cual se inscribe la propuesta: Metodología e investigación en Ciencias Sociales, la problemática de la interdisciplinariedad, metodología, métodos y perspectivas.

Palabras clave: Historiografía colombiana, profesionalización, geocultura, desarrollo.

Sumilla:

La ponencia realizará un análisis crítico del discurso de los textos clásicos de la historiografía colombiana. En ella se definirá el concepto de geocultura, se explorará su trayectoria en el escenario de la posguerra, la composición del mensaje desarrollista del discurso liberal después de 1945 y su conexión con la profesionalización. Esto, con el fin de socavar la base que sobrevalora, sin asumir una posición crítica, la profesionalización de la historia como ciencia social disciplinar.

Resumen:

La historiografía colombiana ha constituido su marco de análisis sobre la base de tres operaciones de historiográficas: la construcción de un panteón de autoridades representativas en la materia; la constitución de un marco teórico, temático y metodológico que define su estatuto disciplinar; y el uso de un concepto operativo empleado para indicar una ruptura interna en su historia disciplinar: la profesionalización.

Este trabajo caracterizará brevemente el concepto de profesionalización empleado por los historiadores de la historiografía en Colombia para separar la producción historiográfica de la escuela de la *Nueva Historia* de sus antecedentes. El objetivo es elucidar las conexiones entre el concepto de la profesionalización empleado por los autores y el discurso desarrollista liberal. Para lograr este propósito, se empleará en primer lugar la definición de geocultura empleada por Immanuel Wallerstein para describir el proceso mundial de consolidación de consensos sobre las lecturas, las posiciones y las estrategias mínimas empleadas por sujetos sociales con el fin de poner en marcha las actividades propuestas en su itinerario estratégico.

En segundo lugar, se explicará la conexión entre el discurso del desarrollo, propio de la geocultura de posguerra, y el concepto de la profesionalización empleado por los Estados Nación en el escenario mundial posterior a 1945. Finalmente, se concluirá con una descripción del uso del concepto profesionalización en la historia de la historiografía colombiana, concluyendo que la perspectiva desarrollista de la *Nueva Historia* ha impedido estudiar rigurosamente la realidad histórica de historiadores e historiadoras que la antecedieron.

A. Geocultura y desarrollismo:

La geocultura, definida en su base, es un término acuñado “por analogía con la geopolítica”. Se refiere a las normas y modos discursivos generalmente aceptados como legítimos dentro del sistema-mundo. (Wallerstein, 2010: P. 128) La cultura forma parte de un proceso que empieza con una ruptura “epistémica” con su propio correlato político y económico. La geocultura emerge en un escenario coyuntural en el que los actores, las organizaciones y las instituciones del sistema-mundo crean, se oponen y negocian con nuevas convenciones para entender la realidad.

El momento coyuntural más próximo que interesaría describir para poner en contexto el sistema geocultural hegemónico que abarca la producción de la historiografía colombiana a la que nos referimos, es en este caso: 1945. El escenario de posguerra es para Wallerstein un momento de quiebre, clave en la recomposición de la geocultura liberal que había tenido un auge mundial cien años, y para la reconfiguración de las líneas divisorias de las ciencias sociales disciplinares. (Wallerstein, 2010: P.104)

Permítaseme antes un regreso para realizar una aclaración. La consolidación de una geocultura como episteme imperante que influye en las esferas de la sociedad mundial después de la Revolución Francesa, se disputa en tres escenarios diferentes: a) las ideologías, b) los movimientos antisistémicos y c) las ciencias sociales.

En el caso de este trabajo, trabajaré especialmente con la geocultura imperante en la última esfera de disputa. En este caso, como los dos restantes, hay un conjunto de estrategias y lecturas sobre la realidad que se defienden mediante argumentos y movimientos políticos. El caso de la geocultura del siglo XIX favoreció al sistema geocultural liberal.

El liberalismo, según Wallerstein, nació a la sombra de la ideología conservadora como una contraideología que leía de manera distinta: los principios necesarios para vivir en sociedad, las perspectivas sobre la velocidad de los cambios necesarios para realizar esos principios orgánicos, las estructuras del conocimiento, los sistemas de participación política y las autoridades sobre las que debían recaer esas decisiones políticas.

En el caso de la geocultura liberal, se sostuvo la triada de principios que combinaba la igualdad participativa, con la libertad económica y la fraternidad social. Los liberales creyeron que las “situaciones cambiantes demandaban la *reforma* constante de las instituciones. Pero el consiguiente cambio social debería ocurrir a un ritmo natural (es decir, ni demasiado lento ni demasiado rápido)”. (Wallerstein, 2010: P.89)

Si la pregunta era quién debía asumir el papel protagónico en la toma de decisiones, la respuesta era necesariamente la ciudadanía. Esta figura estaba compuesta por alfabetización, especialización y la toma de una posición en la división del trabajo. Sin duda, el concepto de ciudadanía señaló a un grupo, como aquel que poseía la capacidad de asumir la responsabilidad de decidir sobre los cambios que eran necesarios: Los especialistas. Estos especialistas tenían tres características: a) entendían las realidades de cualquier sujeto inscrito en su especialidad, b) eran capacitados – legitimados- y alfabetizados –educados por una institucionalidad estatal- para proponer las reformas necesarias y deseables, y c) tendían a ser prudentes y perspicaces. En síntesis, todo

letrado, que se formaba en una especialidad dentro de una institución abalada por la organización estatal era capaz de asumir la responsabilidad de las decisiones necesarias para la reforma de algún fenómeno social (Wallerstein, 2010: P.89)

Paralelo a ello se consolidó, en la segunda mitad del siglo XIX, un programa de cinco momentos en la postura liberal que ayudó a operar los principios de su sistema ideológico y preparó un terreno fértil para la institucionalización del proyecto. Por una parte, la extensión del voto y la expansión del acceso a la educación; por otra parte, un incremento en la protección del Estado a sus ciudadanos en materias sanitarias y laborales; y la constitución de un suelo sólido asignado a los ciudadanos y dispuesto para las actividades de los mismos mediante la transformación del escenario estatal en un espacio nacional. Sin duda, este último factor tuvo consecuencias muy visibles y solo logró su constitución con base en tres instituciones foliulares de la identidad nacional: las escuelas primarias, el ejército y las fiestas nacionales (Wallerstein, 2010: P.92, 93)

El siglo XIX fue de ciclos constantes en la creación, negociación e implementación de estos principios sobre la base de la existencia de otros actores sociales que reaccionaban, resistían o se anexaban a ellos. Finalmente, y una vez que las ideologías fueron elaboradas y, en algunos casos, reconstruidas o constreñidas, “con los movimientos antisistémicos canalizando las energías del descontento”, solo quedaba un componente para consolidar la eficacia en la aplicación de la geocultura: un aparato teórico. Según Wallerstein, éste “era el papel de las ciencias sociales”. (Wallerstein, 2010: P.102)

¿Cómo se conectan las ciencias sociales con el fenómeno de la geocultura emergente? Añade Wallerstein: “La ciencia social es un término inventado en el siglo XIX. Los términos “ciencia” y “social” necesitan, cada uno, de una explicación. ¿Por qué ciencia? En el siglo XIX, la ciencia era la palabra clave para el logro del progreso, el fin común aceptado del sistema-mundo.” (Wallerstein, 2010: P. 102)

Por otra parte, las ciencias sociales se referían a la organización social, en contraste con la organización de la naturaleza y, a ellas, las limitaban con base en tres líneas divisorias. La primera, que se basaba en una división geográfica y cultural, decidió que el estudio del mundo debía investigar por aparte la región occidental “civilizada” aparte de las regiones del mundo que no eran modernas. En segundo lugar, la división se daba en el terreno temporal, entre el estudio del pasado y el estudio del presente. Finalmente, el análisis sobre el presente debía darse con base las áreas que la ideología liberal había designado como escenarios en el que eran visibles las marcas distintivas del desarrollo en la vida social “civilizada” y moderna: el mercado, el estado y la sociedad civil. (Wallerstein, 2010: P. 104)

Cada una de estas ciencias sociales fue “inmediata e inherentemente una arena” solícita y fecunda para la confrontación política y la lucha entre los científicos y los humanistas por apropiarse de esta área para su metodología de saber. Las ciencias sociales permitían controlar el futuro para aquellos que se desempeñaban en la arena pública y, en el caso de los científicos sociales, permitían defender el control del poder brindado a la autoridad y de la supremacía intelectual intrínseca al sistema universitario de competencia.

Para Wallerstein, la división del trabajo entre los científicos sociales fue “la premisa de cierta estructura del sistema-mundo: un mundo dominado por Occidente, en el que el “resto” era o bien colonias o semicolonias”. (Wallerstein, 2010: P.104) Tras los devastadores hechos producidos por la II Guerra Mundial, en 1945, esta estructura sufrió una modificación gradual pero significativa para leer la estructura del conocimiento.

B. Desarrollo y profesionalización:

En el escenario eventual a 1945, el orden geopolítico sufrió una modificación sustancial que reafirmó el proceso de concentración del poder económico mundial posterior a la crisis de 1929 en Estados Unidos. Con esto, el discurso pronunciado por Harry Truman el 20 de enero de 1949 marcó un derrotero nuevo para el elaboración de estrategias en el globo con base en su concepto del “trato justo”, que hacía énfasis en la resolución de los problemas de las “áreas subdesarrolladas” del planeta.

Arturo Escobar indica que, en ese evento, observamos el inicio de “una nueva era de la comprensión y el manejo de los asunto mundiales, en particular de aquellos que se referían a los países económicamente menos avanzados”. (Escobar, 1996: P. 20) Este fenómeno no era ninguna novedad. Se trató de una redefinición del mensaje progresista del sistema ideológico liberal que se había instalado e institucionalizado en varias partes del mundo con base en una división entre: sociedades avanzadas y sociedades en atraso.

En este caso, en el escenario de la posguerra, se trataba de crear “las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la [producción], rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos”. (Escobar, 1996: P. 20)

En especial y contrario a lo que se habría podido esperar, la empresa cultural liberal, promotora del mensaje de progreso ilimitado y reforma, se consolidó en una nueva clave: el desarrollo. Arturo Escobar describe la trayectoria de la idea de desarrollo con cierta exageración, pero sosteniendo que el desarrollo se convirtió en el concepto clave para la permanencia del sistema discursivo liberal y fue un aporte importante para dar vitalidad al “régimen de representación” imperante durante el último siglo.

Sin duda, la división interna del planeta planteada por la idea del desarrollo en tres partes –primer mundo, segundo mundo y tercer mundo-, socavó las cenizas del concepto empleado por el mensaje imperialista –colonias e imperios-, pero dio continuidad o, como mínimo, sostuvo la lógica interna de ese sistema discursivo.

“Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: gobiernos diseñaban y ejecutaban ambiciosos planes de desarrollo, instituciones que llevaban a cabo por igual programas de desarrollo en ciudades y campos, expertos de todo tipo estudiando el “subdesarrollo” y produciendo teorías *ad nauseam*”. (Escobar, 1996: P. 22)

Ante la fuerza del “régimen de representación” basado en la idea del progreso y el recurso novedoso del desarrollo, el marco de la ideología liberal continuó forjando nuevos consensos sobre la base de lo elaborado en el pasado siglo. Y, sin lugar a discusiones, se convirtió en el marco de referencia de primer orden para las demandas, los debates y las críticas de cualquier actor en el mundo.

“La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con este estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursivo por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construir” (Escobar, 1996: P. 22)

No viene al caso –por razones de extensión- analizar todo el proceso de institucionalización del desarrollo como idea imperante en el mundo desde 1945. Podemos entenderlo, provisionalmente, como una derivación del régimen de representación del progreso inscrito en la ideología liberal. Sin embargo, el mensaje del desarrollo da continuidad a un conjunto de fenómenos propios del progresismo. En primer lugar, el discurso del desarrollo sostiene la idea de la división del mundo en áreas caracterizadas por su situación respecto a los estadios del progreso o, en términos sofisticados, contiene una “imaginación geopolítica”. Esa imaginación “está implícita en expresiones tales como primer y Tercer Mundos, norte y sur, centro y periferia”. (Escobar, 1996: P. 30) Y, sobre todo, mantienen las viejas formas de dividir las ciencias sociales disciplinares en las instituciones universitarias, redefiniendo algunos de sus contenidos principales, reafirmando la perspectiva del especialista -en este caso, el profesional- como aquel que recibió una formación institucional y posee unos “conocimientos profesionales”. (Escobar, Cap IV y V)

Este régimen también emplea una forma particular, pero sutil de violencia, la violencia de la modernización; deviene en “prácticas concretas de pensamiento y de acción mediante las cuales se llega a crear *realmente* el Tercer Mundo”. (Escobar, 1996: P. 33) Y, en tanto el desarrollo como concepto propone escenarios de enfrentamiento cultural en los que se disputa la construcción de las identidades, afecta el lente empleado por las ciencias sociales y el marco de interpretación de cada una de ellas, redefiniendo el empleo de sus objetos, metodologías y perspectivas teóricas para estimular nuevas investigaciones en el estudio de la realidad social.

C. Formas de hacer Historia de la Historiografía en Colombia:

La Historia de la escritura histórica en Colombia ha sido enseñada al público lector a partir de dos grandes formatos de lectura. Las características generales de los libros o artículos sobre *historiografía* colombiana son:

- Los textos de síntesis:

Son artículos o libros sobre historia de la historiografía colombiana en general –sin profundización en las etapas de la misma-. Estos textos se caracterizan por ofrecer una cronología de corrientes, escuelas y periodos de la historiografía colombiana. Tratan, por lo general, de hacer un barrido breve sobre la historia diacrónica –consecutiva- de las ideas históricas.

Las academias –incluida la Academia Colombiana de Historia- no han sido el problema principal en estos trabajos. Debido a su carácter de síntesis, estos textos reúnen los periodos de la historia de la escritura histórica en Colombia en un sistema ordenado de secuencias que permite al lector hallar una continuidad en las preguntas, los temas o los problemas de la escritura histórica en Colombia.

Llamaré a la búsqueda de esa secuencia, la construcción de una *cronología* inherente al libro. La secuencia de esa *cronología* se caracteriza por buscar una explicación de la escritura de la historia que conecte, de modo general, el presente con sus antecedentes en la materia. Esta conexión es la secuencia que busca el texto histórico.

Esta secuencia tiene un *telos*–un objetivo, un fin o punto de referencia que generalmente posee mayor fuerza, exige más énfasis y es el que traza el rumbo de la explicación-. El *telos* de las historiografías de síntesis es: explicar a la historia como una ciencia social institucionalizada y “profesionalizante”. La pregunta que abren estos historiadores es ¿cuál ha sido la trayectoria de la historia hasta constituirse en una ciencia social?

Al notar el silencio contenido en esta aproximación, se hace necesario considerar que el concepto de la historia que elaboran estos textos de síntesis es el de una historia como ciencia; una historia que ha definido su estatuto y sus fronteras como disciplina; una historia aparentemente entera, consolidada como forma específica de aproximación a la realidad social –algo que hasta hace poco ha sido considerado, incluso con cierta debilidad-.

Para estos trabajos, toda la escritura histórica que precede a la Nueva Historia –como ciencia social moderna- es producto de las ideologías de la élite o los sujetos dominantes en un proceso histórico –no de la rigurosidad de la ciencia- y, debido a eso, la producción que antecede a la Nueva Historia es productora de versiones falsas sobre el pasado o, por lo menos, productora de versiones sobre el pasado dignas de sospecha.

La Academia Colombiana de Historia es incluida en esa perspectiva. Los apelativos como “conocimiento patriotero”, observan con desdén el nexo estatal de la institución, considerando su inhabilidad para construir conocimiento independiente de toda neutralidad enunciativa. Sin embargo, la producción de los años 40’ y 50’ –llamada la época del revisionismo en la historiografía colombiana-, es revisada con un cierto interés, por ser considerada una bisagra que conecta el conocimiento histórico posterior con sus antecedentes.

En este caso, la historiografía de síntesis afirma que, en esta época, los historiadores son conscientes de la importancia de producir conocimiento general o específico para acceder cuantitativa o cualitativamente al conocimiento de la realidad social. Con esto, los clásicos de la historiografía colombiana, resuelven el problemático punto que plantea la fase intermedia de los años 40’s y 50’s de la historia de la cultura escrita en Colombia, en la que fueron producidos textos de historia con un marco de interpretación proveniente de otra ciencia social como la psicología o la economía. A esto, añaden el componente de la profesionalización, como un factor que dotó de autonomía y neutralidad a los intelectuales –en general-, para producir conocimiento social sin ningún interés ideológico.

Así, según estos trabajos de historiografía, la historia sufrió un proceso disciplinar que la convirtió en una ciencia social, combinando contenidos históricos con otras ciencias sociales –economía, sociología, ciencias políticas, antropología, etc-. Este contrapunto permitió, según estos trabajos, el surgimiento de la historia como ciencia social moderna. Veamos con más cuidado este tema.

- **El concepto “profesionalización” en los textos de síntesis:**

El concepto “articulador” que permite el ensamblaje de la historiografía “tradicional” a la Nueva Historiografía es la *profesionalización* -entendida como el ingreso del “historiador” al mercado laboral-. Una de las características novedosas que leen estos autores en el ingreso de los historiadores a las universidades con el fin de profesionalizarse, es la dedicación de tiempo completo a las actividades de la investigación en historia y la pertenencia a un “hábitat institucional” lejano de los intereses políticos: la universidad.

La organicidad de este nuevo intelectual universitario, en esta historiografía, le dota de neutralidad y tiempo para su cualificación en la materia y la investigación, algo que podríamos entender como: dedicación de tiempo completo para especializarse en su materia de estudio. En otros términos, podría decirse que esta novedad reforzó la división disciplinar del trabajo intelectual y la adscripción –sino la dependencia- del profesional a un sistema institucional como ambiente orgánico.

La historiografía cercana a la escuela de la *Nueva Historia* concluye, sin haber estudiado cada historiografía a profundidad, que la historia solo se constituye como ciencia de modo posterior a su profesionalización. Y, en parte, esta postura tiene razón. (Melo, 1969; Melo, 1988; Melo, 1999; Archila, 2005; Betancourt Mendieta, 2007).

La historia solo se constituyó como “ciencia social disciplinar” una vez que la actividad del conocimiento de “los pensadores sociales” de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, pasó de ser un “lujo” de la alta cultura para tener un “valor de intercambio”. Esto quiere decir que la práctica de pensar sobre la sociedad, pasó de ser una *pasión* a ser un *trabajo*. (Melo, 1969; Melo, 1988; Melo, 1999; Betancourt, 2006).

En la Historiografía de la Nueva Historia, como ya se ha mencionado, los textos de síntesis son tomados como punto de partida para la explicación de la historia como disciplina y moderna ciencia social. Además, quizá por el formato de la obra conjunta en la que se incluyen estos textos históricos –manuales de literatura o de historia; obras de ensayística, etc.-, los autores de estas obras encumbran el protagonismo de ciertos individuos que representan “el espíritu” de una escuela o un periodo de la historiografía colombiana. Por esos motivos, estas obras pueden leerse como brevarios de personajes insignes en la historia de la escritura histórica –ejercicio de lectura que, en principio, sus autores avisaron como el adecuado-. Sin embargo, debido a que en una gran mayoría de cursos de historiografía, son leídos sin perspectiva crítica, estas obras han forjado nuevos héroes para nuevos lectores: los lectores especializados.

La profesionalización de los historiadores –y quizá de los pensadores sociales- en Colombia constituye un lugar central en la historia de la historiografía que: opaca las realidades de otras épocas del ejercicio intelectual; encumbra la obra de intelectuales del siglo XX como protagonistas

de un proceso social y circunscribe la investigación al pasado disciplinar de la historia como único marco explicativo. Debido esos tres factores es difícil ofrecer una explicación de mayor claridad para la historia de la constitución de la disciplina histórica como una “comunidad” disciplinar y académica.

- **Los textos de análisis:**

Estos textos se han pronunciado sobre la necesidad de construir un corte temporal para el estudio de cada periodo en particular. Esto es lo que llamaré: análisis sincrónico de la historiografía colombiana. Los cortes sincrónicos de la historiografía colombiana realizados por estos textos de análisis tienen una característica singular: ellos se ajustan a la *cronología* de los textos de síntesis. Esto conduce al lector hacia dos problemas. En primer lugar, es una historia de antagonismos. Esto quiere decir que pretende explicar la pugna entre los historiadores profesionales y los historiadores no profesionales una vez que emerge la escuela de la *Nueva Historia*.

En segundo lugar, estas historias carecen de un marco general que tipifique a las academias en general y caracterice a la ACH en particular. De hecho, en ellas se destaca su importancia particular en un proceso muy general: la construcción de nación. (García Botero, 2009; König, 1994; Colmenares, 1994; Samacá, 2011)

Conclusión:

En conclusión, la investigación historiográfica ha reificado el concepto “profesionalización” sin reconocer que alude a una realidad objetiva evaluable históricamente como se mostró en la primera parte de este ensayo. Así mismo, la investigación historiográfica en Colombia, con algunas excepciones, ha reducido la investigación del pasado de la escritura histórica a un marco disciplinar y nacional que impide ver más que las fronteras que definen la validez de cada aproximación del conocimiento social. Esto impide ver fenómeno que refieren a zonas externas a las fronteras nacionales y encierran la investigación a la localidad nacional, en detrimento de la comprensión de realidad social compleja.

Finalmente, esa escritura histórica ha conducido a una explicación heroica de la disciplina histórica en Colombia, sin pretenderlo. Todos estos problemas son producto de la petrificación de los textos iniciales de historiografía colombiana que proponían agendas que no tuvieron la continuidad adecuada y se convirtieron en clásicos y en tradiciones explicativas del desarrollo del conocimiento social.

Así en mi opinión, los dilemas de esta historiografía son tres –los mismos que han sido enunciados atrás-: Profesionalización; personificación; subordinación disciplinar.

Estos problemas exigen la constitución de una agenda de investigación y nos permiten asumir de modo consciente las verdades dadas por sentadas hasta el momento.

Bibliografía:

- ARCHILA NEIRA, Mauricio "La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá" Identificación Y Selección De Materiales Nativos De Guayaba ComunPsidiumGuajava Y Transferencia En El Manejo Agronómico Del Cultivo En Los Departamentos Del Tolima Y Huila . En: Colombia ISBN: 978-958-8063-45-4 ed: Universidad Nacional, v. , p.175 - 205 ,2006.
- Betancourt Mendieta, Alexander. En *Historia y Nación: Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores, 2007.
- Botero, Clara Isabel. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: Viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Bogotá: ICANH, Ediciones Uniandes, 2006.
- Colmenares, Germán. Revista Historia y Ciencia. N°. 15. 1994. La batalla de los Manuales. P. 87-104.
- Escobar, Arturo. *La Invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Norma: Bogotá, 1996.
- García Botero, Héctor. ¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos. Mem.soc / Bogotá (Colombia), 13 (27): 41 - 60 / julio-diciembre 2009.
- GONZALEZ PENA, MONIKA LILIANA y SAMACA ALONSO, GABRIEL DAVID. "El conflicto colombo-peruano y las reacciones del Centro de Historia de Santander (CSH), 1932-1937". En: Colombia Historelo. Revista De Historia Regional Y Local. v.4 fasc.8 p.367 - 400 ,2012.
- Melo, Jorge Orlando. En *Sobre Política e Historia. En Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes*. Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural N° 2. Enero-Marzo 1969. pp 15-41, y reeditado (Medellín, 1979).
- Melo, Jorge Orlando. En *La literatura histórica en la República*. En *Boletín cultural y bibliográfico*, vol. XXV. N° 15 (1988) pp. 59-69.
- Melo, J. O. En *Medio siglo de historia colombiana: Notas para un relato inicial*. Revista de Estudios Sociales, Núm. 4, agosto-sin mes, 1999. P. 155.
- CATALINA MUNOZ ROJAS, "Redefiniendo la memoria nacional: debates en torno a la conservación arquitectónica en Bogotá, 1930-1946". En: Colombia Historia Crítica. Universidad de los Andes. V. 40. Pp. 20-43.. 2010.

- Samacá Alonso, Gabriel David. "Las Academias de Historia como objeto de reflexión histórica en Colombia: Notas para un balance historiográfico". En: Colombia Anuario De Historia Regional Y De Las Fronteras. Universidad Industrial de Santander v.16, Pp.353 - 380 ,2011.
- Velandia, Roberto. *Un siglo de historiografía colombiana. Cien años de la Academia Colombiana de Historia*, Santafé de Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 2001.
- Wallerstein, Immanuel. *Introducción al análisis de sistemas-mundo*. Siglo XXI: México. 2010.